

SEMANA DE T.P. 2012

Llama la atención que Jesús predique las bienaventuranzas en presente y como afirmación, al menos algunas de ellas. En efecto, no dice “debéis”, “tenéis”, “habéis de”... sino sencillamente, en corto y por directo, “Bienaventurados...”, “dichosos”, “felices”, “afortunados”, “agraciados”... ¡¡sois!! No puede ser de otro modo; nuestro Dios es un Dios encarnado. Se hace palpitantemente presente aquí y ahora, con nosotros, en esta mañana. Es como si estuviésemos junto al Mar de Galilea escuchándole a él, o apostados en la Puerta Hermosa aguardando el paso de sus buenos amigos que prolongan su presencia.

Las bienaventuranzas no son solamente una promesa de felicidad, temporalmente embargada, sino una proclamación que se cumple justamente al anunciarlas en voz alta. No son una mera expectativa de algo que va a acontecer, sino la expresión de algo que se realiza cuando las celebramos.

Por eso, en estos días de encuentro en que oramos, reflexionamos, debatimos y celebramos, nos sentimos felices, dichosos y bienaventurados.

Pero no podemos confundirnos. El término de nuestra felicidad, no son nuestros hipotéticos logros, ni nuestras fantásticas ideas, ni siquiera nuestras teologías o hasta el Concilio. El término de nuestra dicha es Dios mismo.

Y, por eso, festejamos agradecidos el Concilio; porque nos ha liberado a Dios y a su Iglesia de demasiadas adherencias que nos despistaban, porque nos ha ayudado a purificar nuestra imagen y nuestra experiencia de Dios, porque ha contribuido a “desmoralizar” el Evangelio para tornarlo en invitación al

encuentro y al seguimiento de Cristo y al proseguimiento de su causa. En definitiva, nos ha convocado a lo mismo que su Palabra: a ser auténtica Buena Noticia de parte de Dios para quienes las reciben hoy malas de la crisis, del paro, de los desplazamientos forzosos, de las quiebras familiares o de cualquier otra maldición.

No somos más que el noble y testarudo Pedro. Hoy tampoco tenemos oro ni plata, ni las soluciones a los grandes problemas de la humanidad, a sus inmensas angustias y tristezas; probablemente tampoco tenemos todas las respuestas para lograr los cambios que la Iglesia necesita.

Sin embargo, nos seguimos sintiendo convocados a salir al encuentro de los hombres y mujeres de nuestra época, y queremos atrevernos a entrecruzar nuestra mirada con la suya, y no perdernos el experimentar como el encuentro profundo con Jesucristo sigue haciendo saltar de alegría y llenando de sentido la vida de muchos.

No sabemos encontrar a Dios en otro sitio que no sea en el hondón de la vida misma, en nuestro silencio interior, en la naturaleza, en la historia, en la sed de infinito de nuestros contemporáneos o en el anhelo de justicia y dignidad de tantos injusticiados y dolientes.

Para ellos y para nosotros, las bienaventuras constituyen un auténtico Evangelio de la consolación y un bálsamo para peregrinos cansados.... Desde luego, no pretenden ser un consuelo facilón ni son una respuesta ñoña ante las grandes preguntas que a veces nos hacen zozobrar... Sin embargo, hoy refundan nuestra esperanza, no de cualquier modo, sino recordándonos que todas estas bienaventuranzas mateanas se

complementan con otra de Juan: “¡Dichosos vosotros por haber creído sin ver!” (Jn 20,19). O, parafraseándolo: Dichosos por creer a pesar de lo que veis.

En un ejercicio de síntesis de la vida cristiana, el Sermón del Monte articula varios ejes: el primero, Dios mismo [con el salmista: “Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor” (Sal 1,1)]; el segundo, diversas pobreza y injusticias de diversa índole; y, entrelazando al Uno y a las otras, la promesa de experimentar su auxilio en la fragilidad [“dichoso el que cuida del pobre y del desvalido” (Sal 41,1)]; por fin, regalando plenitud a todo, la expectativa de encontrarse definitivamente con Él.

Hoy y aquí, con la que está cayendo y con lo que llevamos todos en el zurrón - no necesariamente bueno-, nos sentimos afortunados porque, por designios inescrutables, caemos juntos en la cuenta de que el buen Dios dirige providentemente nuestra suerte; porque, con todas sus contradicciones, nos ha ubicado en su Iglesia; porque somos hijos de esta época, paradójica, sorprendente, alocada, inexplicable... pero, ¡no tenemos otro tiempo ni otro lugar distinto donde experimentar y disfrutar de nuestro Dios y lo que nos revela! Por eso, el momento presente se nos hace único, irrepetible, apasionante, ilusionante, esperanzador... No disponemos de otros hombres y mujeres, ni de otras Puertas Hermosas con los que compartir el tesoro bendito del Evangelio que con los actuales: indiferentes, secularizados, ignorantes de lo religioso... lo que queráis... No contamos con otra Iglesia diferente de la que tenemos y como la tenemos. Este es nuestro tiempo, el tiempo de Dios, nuestro kairós.

Naturalmente, no nos resignamos. Queremos otro mundo. Es más, estamos ciertos de que es posible otra historia y de que es deseable una Iglesia más al modo del sueño de Dios.

Sabemos que sin el espíritu radical de las bienaventuranzas, el mundo y la Iglesia no podrán ser transformados. Pero sin estar revestidos de misericordia entrañable, bondad, humildad, dulzura, comprensión, perdón y sobrellevanza, por decirlo en términos de la Carta a los Colosenses (Col 3,12-13), resultaremos no sólo inoperantes sino sencillamente insufribles.

“Míranos”, dice Pedro (Hch 3,4). La audacia de mirar y la humildad de dejarse contemplar sin esquivar la vista anticipan el encuentro entre las personas... Luego, deviene una imparable cascada sanante: se toma de la mano, se fortalecen los pies y los tobillos, se pone en pie de un salto, se echa a andar y, no menos importante, se dan brincos, botes y cabriolas, para acabar alabando a Dios.

Las bienaventuranzas son proclamación de la dicha que ya tenemos adquirida y todo un anticipo a cuenta de la que está por venir. Constituyen un valioso patrimonio a ser contagiado y compartido. Para hacerlo hará falta bucear incansablemente en las entrañas de la realidad como auténtico lugar de Dios y, así, cumplir sin desfallecer esa otra bienaventuranza lucana: dichosos los siervos inútiles que al volver su Señor los encuentra... ¡despiertos! (Lc 12,37).